

III

Llegamos a Palmera ya cerca de anochecido; la negrura, cual banda velocísima, se extendía reinante sobre las retinas doloridas, y un sutil resplandor se distinguía allá en lo alto, mostrando la flacidez lunar, entre los densos nubarrones que formaba la temperatura lluviosa.

Capilla miraba hacia adelante, como si el flechazo de la impaciencia hiriera su alma; los dos íbamos pensativos, embebidos por completo en nuestras cavilaciones o recuerdos, distintos seguramente en ambos, pero produciendo los mismos efectos exteriores: la abstracción, el mutismo. Por fin yo corté aquel silencio, y pregunté a mi amigo con un dejo melancólico.

—¿En qué piensas, Félix?

Este miróme tranquilamente y, muy sosegado, exclamó, apoderándose de sus labios una leve sonrisa:

—Chico, en nada..., mis padres ocupaban mi pensamiento, sólo el pensar que los abrazaré dentro de pocos minutos me pone alegre. ¿Y tú?

—¡Oh, querido Félix! Puedes estar satisfecho, risueño, la vida te sonríe insaciable, te ha cogido bajo su protección optimista, te ha dotado de facultades intelectuales envidiables. ¿Qué más quieres? En cambio para mí es burlesca; quiere hacerme olvidar los azares y golpes crueles que me ha inferido, rodeándome de triunfos en los exámenes, triunfos ficticios, engañosos, falaces, pero no, no logra del todo encanallar mi sensibilidad, porque ¡ay! dentro de unos minutos aparecerá ante mi vista un hogar triste, donde las huellas que dejó el dolor permanecerán eternamente sobre nuestras cabezas inflamadas; en él mi querido padre me espera, mi padre, solo, avanzando prematuramente hacia una vejez sin años, hacia una esclusa injusta; los cabellos argentados se posarán sobre su cabeza dándole un nimbo de mártir, de víctima desesperada...

—Calla, Antonio, calla; tus palabras me hieren y fatigan como cantoras que son de tus desdichas; pero déjalas dormir, olvida esas remembranzas que martirizan.

—No puedo, Félix: después ese aturdimiento en mi vida ordinaria, esa falta de conexión en mis actos, ese «no sé cómo hacer esto ni cómo seguir» que me atormenta incesantemente me hace imposible la vida tranquila; yo necesito exaltación, polémica.

—¡Ah!, luego tus suspiros no obedecen solamente a sensibles pérdidas, sino que también son causantes de ellos la vida actual, las espinas que, colgando de su cola, clava incesante, entonces casi estás comprendido para mí en el grupo de los pesimistas abúlicos...

—¡¡No!! —le grité con toda la fuerza de mis pulmones—. No me has entendido, grandísima bestia. ¿De dónde sacas tú eso? ¿Yo pesimista, yo abúlico? Eres un hombrecillo vulgar, no comprendes lo excelso, lo común, y metes la extremidad inferior; mientras no me vuelvas a demostrar lo contrario eres un badulaque sin masa gris, rutina...

Yo estaba nervioso, me molestaba que tomaran mi indecisión y la exposición sincera de mis dificultades por quejas simplonas de hombre acobardado; yo no era un cobarde, al contrario, ansiaba acción, labor; si únicamente se podía notar en mis actos alguna vacilación no era producida por la falta de voluntad, sino por la carencia de absoluta seguridad en sus consecuencias (1).

Discutiendo animadamente vislumbramos las primeras luces de Palmera, que brillaban fosforescentes en la noche, mostrando resplandores súbitos a través de la enigmática atmósfera, la cual irradiaba zarpazos de un miedo horrible. Miedo, esta palabra carece de significado, es completamente insulso su origen y, por lo tanto, su encarnación; sin embargo, produce, generalmente en los pusilánimes, una cierta impresión emotiva y una incomprensible paralización nerviosa. No estoy de acuerdo con Heine, al preguntarse el poeta si el miedo proviene de la razón o del sentimiento y ladearse al primer origen; entiendo que solamente un sentimiento cervical, extraño, fuera de *razón* puede producirlo; digo esto porque al penetrar en el pueblo se nos apareció una reata de apocalípticos movientes, que, procurando ocultarse, huían del poblado, ayudados en su éxodo por fuerzas diabólicas y espectrales..., todo lo hacía un vulgar abigeato muy común en aquellas tierras.

En la plaza céntrica nos separamos, para cada uno tomar la calle que conducía a nuestras casas respectivas.

Mi padre estaba leyendo a Ponson du Terrail —¡bonita literatura!—; nos abrazamos; cruzamos unos besos crujientes, henchidos de espiritualidad, y emocionados por la feliz arribada charlamos un rato, mucho rato. Yo encontré a mi padre terriblemente aviejado, arrugas bien significativas cruzaban su cara aceitunada y dibujaban sobre su faz muecas inenarrables; sus ojos azules despedían como un hilillo de dolor y el bigote, ya canoso, compendiaba en él lo mucho que había sufrido, lo mucho que aún le quedaba por sufrir. En la pared estucada y blanca aparecía colgado el retrato de mi madre, se diría que nos miraba con sus ojos muertos que el fotógrafo se esforzó en hacer chispeantes; ante aquel símbolo de amor no pude menos de tapar el rostro con las manos y verter lágrimas, lágrimas que, cual si procediesen de un manantial inagotable, salían a grandes gotas como pugnando por su aparición; mi padre lo notó, vi en él una tendencia a secundarme, pero la contuvo y me dijo unas palabras que no oí, unas frases que se evaporaron antes de impresionar mis tímpanos.

Nos acostamos, yo estaba cansado del viaje y ansiaba reposo, calma...

Al día siguiente —¡cuánto lo recuerdo!— apareció un verdadero de Primavera, los rayos del sol acariciaban voluptuosamente todos los sentidos, y una atmósfera saturada de encantos naturales ensanchaba los pulmones en aspiraciones fortísimas e inacabables. Allá a lo lejos, junto a la sierra, se dibujaba curiosamente una especie de lucha, sostenida entre los brazos chispeantes del astro rey y la pesadez de las nubes que se resistían a abandonar aquellos lugares esotéricos.

Aprovechando aquella hermosa encarnación de la Naturaleza, mi padre y yo dirigimos los pasos hacia el campo para, en la estética inculta de sus desbordamientos precoces, buscar paliativos a la exaltación de nuestro cerebro. En el camino nos cruzábamos a veces con cuadrillas de campesinos que, entonando medianamente las melodías de una canción exotérica, irradiaban alegría, robustez, felicidad, todo en medio de su pergeño rústico, de sus modales zafios; nos saludaban muy afablemente y seguían, perdiéndose pronto en los aires los rumores de sus conversaciones o la nota de sus coplas picarescas.

Llegamos a un valle florido y hermoso, que exhalaba perfumes casi imperceptibles por demasiado puros, y en el que la policromía de las florecillas imitaba un fortísimo y elevado ensueño poético; unas ovejas blanquísimas oteaban sus alimentos, escrupulosas y vacilantes, mostrando el lábaro anunciador de su pureza. Ante aquel paisaje vivificante nos sentamos..., nuestras retinas trasladaron a la imaginación las impresiones más perfectas y

gratas; por un momento, fijos en la sublime planicie, divagamos anhelantes entre frondas délficas, mi alma ceceaba las pretéritas y ocultas mansiones de la muerte. ¿Por qué mi pensamiento volaba a las cumbres inaccesibles del misterio?

Mi padre me miraba tiernamente, su rostro acogía con dulzura la suave brisa vespertina; de pronto, como forzado por una ineluctable presión, dijo:

—¿Qué más me cuentas de tu vida estudiantil? ¿Tropiezas con muchas dificultades?

—Sí, padre, mi vida en la ciudad tenía que atravesar a veces espesos bosques erizados, el medio no se adaptaba bien a mi manera de ser, yo parecía un extraño entre aquella turbamulta de jóvenes que reían... reían con carcajadas llenas, que a mí me sonaban rabiosas y destructoras; en medio de todos aquellos tipos, el mío se deslizaba escurridizo e incomprensible, me hice con pocos amigos, la mayor parte me despreciaba, eran completamente extraños a mis pesares, a mis contrariedades; pensando algunas veces acerca de su capacidad intelectual me hacía la siguiente pregunta, cuya contestación no he podido aún dilucidar: ¿Al estar mis compañeros siempre tan alegres y dicharacheros, es que el desarrollo de sus facultades intelectuales es tan grande que todo lo desmenuzan, todo lo comprenden, todo lo saben, todo lo explican? La negativa a esta interrogación era una premisa para poder titularlos unos badulaques o unos desgraciados, pero su afirmación casi me horrorizaba, pues quedaba patente mi inferioridad; un silogismo claro e hiriente me decía que debía retirarme, pues no estaba dotado de los órganos necesarios para luchar; de aquí provenía mi inacción y después mis aventuradas expediciones a los extensos y pobladísimos campos del saber, donde a la vez me herían infinidad de desengaños cruentos; en estas situaciones difíciles me dejaba guiar por los consejos de Capilla, cuyos seguimientos me han proporcionado las brillantes notas obtenidas en los exámenes; después, padre mío, un anciano me dijo que oyera a usted, que le expusiera mis cuitas, mis infortunios, mis choques con la teatralidad ambiente, y que al pie de la letra hiciera lo que usted me dijese; no pudo ni quiso decirme más.

—¿Quién fué ese buen anciano? —me preguntó mi padre.

—No lo sé, la casualidad hizo que lo conociera en uno de mis paseos por las afueras; mi juventud y vivacidad le interesaron y hablamos, hablamos mucho...

Mi padre, al oírme, bajó los ojos, apoyó la frente sobre su mano ya trabajosa y se entregó en brazos de una meditación que no quise turbar; sin duda su cerebro se esforzaba en concebir una idea con la cual calificar mi conducta y a la vez mostrarme un camino seguro, una senda que condujera a las planicies tranquilas y sosegadas de la perfección. ¡Ah!, pero mi padre carecía —después lo supe— de una cultura siquiera básica, de una claridad ideal; su cerebro no era una fuente de pensamientos ni aun de ilusiones; por eso mis quemantes anhelos retumbaban en su inteligencia como objetos exóticos e incomprensibles; una rápida mirada que, pensativo y a hurtadillas, dirigió a mi figura, me hizo levantar casi indignado, sí, mi padre me tomaba, si no por un loco rematado, por un desequilibrado incurable, y al contacto con esta suposición caí desalentado y enteco.

—Pero, padre, ¿es posible? —le interrogué con la mirada.

—Vámonos, Antonio, vámonos a casa —y se levantó rápido, dispuesto a marchar.

Yo le seguí, íbamos pensativos, callados, luchando cada uno con un presentimiento, y así llegamos a casa, donde estaba esperándome Capilla para charlar un rato.

Nos sentamos los tres frente a una ventana..., la penumbra crepuscular daba a nuestros semblantes una palidez cérea, cadavérica, que contrastaba grotescamente con los

movimientos de los labios; nos molestaba esa semiobscuridad y, por lo mismo, cerramos la ventana y dimos luz.

Hablamos Capilla y yo de nuestros estudios, de nuestro porvenir, de nuestra situación actual, y, en el trascurso de nuestras recíprocas y admirables facundias, apareció más de una vez, envuelta en mantos purpúreos y entre ópalos ensoñadores, la embriagadora y dulce figura de la ilusión... ¡la ilusión! ¡Dulce y apacible diosa que irradia parte de sus percepciones formales, que exhibe a nuestra imaginación el ideal soñado; es tan brillante su figura, tan hermoso su ademán, tan loables sus fines que, pobre del espíritu que permanezca ciego a sus destellos! Morirá renegando, sumergido en una caverna de confusiones y odios, en un desierto falto de amores sublimes... ¡la ilusión!... Es el fin perfecto y sublime del hombre cuando se la pone a la diestra de la razón, cuando sus rayos no sobrepasen a los tímidos y reposados de la razón, cuando sus tentáculos insaciables no pisoteen a la razón, cuando su fulgidez no se apodere de cerebros huecos, cuando su esfuerzo no sea menor a la actividad del que la sienta, del que la admire, del que la desee...

Estas impresiones sostenía yo ante Capilla y mi padre, apoyando a la vez mis palabras con ejemplos de los tres conocidos, y en los que una ilusión intensa ridiculizó e hizo desaparecer a multitud de jóvenes que se abandonaron en sus apacibilidades, en sus placideces...

Capilla oía atentamente mis palabras, y, al fin, con un movimiento afirmativo de cabeza mostró su conformidad absoluta; yo, en aquellos momentos, hubiera deseado contradicción, me lo mandaba imperiosamente mi cerebro templado, pero Capilla vislumbró, sin duda, este estado mío y, aunque discrepara, creyó conveniente apoyar todas mis palabras.

Se despidió de nosotros, pues ya la noche ponía un velo triste en los objetos, y el cuerpo imploraba reposo, calma...

Cuando quedamos solos, mi padre me abrazó de tal manera que casi me hizo daño; el pobre quiso dar a aquel abrazo la significación de un desagravio a las ideas que horas antes sumergieron de dudas su corazón; yo correspondí ofreciéndole todo mi ser en dádiva placentera e inenarrable...

* * *

Corría el verano, y con él, un calor insoportable —turbado a veces por un airecillo serrano— batía candente los más apartados rincones del poblado; yo acostumbraba a salir todas las tardes al campo, donde se dejaba sentir el dulce remanso de una naturaleza mística, sosegante... Me acompañaban el amigo Capilla y algunas veces mi padre; tirados cuán largos éramos poníamos de manifiesto nuestras sensaciones diversas, nuestros juicios rebosantes de sinceridad, nuestras críticas casi ingenuas. En el pueblo se me tenía por un joven insociable y orgulloso, pues tomaban mi retraimiento y nostalgia por desprecios a sus modales, a sus clasicismos, a sus actos...; como corresponde en tales casos yo no me molestaba por sus exégesis, no me hacían daño sus punzadas, sus indirectas, sus ironías... Era la incultura la que producía mis choques con los herrumbrosos ideales de aquellas cabezas toscas; en mi interior nunca sentí odio por sus costumbres, pero me zaherían horriblemente su mala fe y sus tonterías, siempre intencionadas; y llegué de tal forma a idearme sus cuitas, sus desgracias, que en vez de sentir conmiseración se apoderaba de mi alma una especie de acre censura a sus desvaríos; muy parecida es esta forma de pensar a la

que dejan traslucir en sus libros los grandes literatos rusos de los campesinos de su país: amantes insaciables del *vodka*, enemigos furibundos del trabajo, odio instintivo a los ricos (2).

Pero sucedió que un día, regresando de mi acostumbrado paseo, di alcance a un lugareño, tostado por el sol y curtidas sus manos por el roce continuo con los elementos del trabajo; fué tal la satisfacción que inundó su cara toda, el júbilo que irradiaba de su rusticidad, que casi me emocioné, y converse con él alegremente.

Sería la tercera o cuarta persona con la cual hablaba desde mi llegada a Palmera, y fué tal el cambio que se realizó en mi interior que adopté un nuevo criterio en cuanto a sus costumbres, psicología, ambiente.

Me impresionaron vivamente sus palabras entre apotegmas y pesimismos ignorados, sentencias vulgares, juicios ingenuos y otras muchas cosas que por sí solas bastarían para las más curiosas observaciones, las consecuencias más significativas.

Luego hablé yo; su espíritu joven recibía mis palabras con vehemencia manifiesta; unas veces me encantaba su extrañeza, otras sus gestos, otras la especie de cortesía y respeto que ponía en sus expresiones; en general me agradó su diálogo; no sufrí una decepción, pero sí comencé a pensar de otra forma; desde aquel día frecuentaba yo todas las reuniones de campesinos; me apreciaban muy bastante para yo estar descontento; me iba mezclando ya en los asuntos locales, influía en sus decisiones, y, sin querer, se formaba en mi interior un algo desconcertante, que tomaba fuerza en mi cerebro joven.

Era cosa que no se le escapaba ni al observador más ciego la indigencia y el abandono que rodeaba a la generalidad de las familias del poblado, su forzoso lema era el trabajo continuo, su preocupación más latente el «ir viviendo», su fin desastroso la muerte prematura y burlona en una zahurda inhóspita, rodeados de su esposa e hijos: puros espectros en sus agonías. Dolía a mi espíritu esta perspectiva de los paisanos, y por unos días fué mi obsesión más recalcitrante el remedio a tamañas desgracias. ¡Infelices! El remedio lo encontré, pero era inaplicable a sus inteligencias y a sus medios comprensivos; yo todo lo fundaba en una cultura modesta que encendiera en sus cerebros el fuego de las aspiraciones, que hiciera brillar en el amparo colectivo las consecuencias más atrayentes, que iniciara una evolución lenta o precipitada hacia otros ambientes de vida; no entraba en mi solución el aproximarlos a la ciudad; eso nunca; bien patentes están los estragos que ello ocasionaría, pero sí un paralelaje en cuanto el desenvolvimiento cultural; sí, yo lo he notado, los libros poseen una fuerza centrípeta muy activa, a veces subyugan demasiado, tanto que hacen olvidar determinados trabajos utilísimos, ¿no es verdad? Pues aquí se agarraban los zafios para rebatir no mis teorías, sino mis afirmaciones. Yo les decía:

—Necesitáis un alimento espiritual que, a la vez que deposite en vosotros optimismos y bellezas, engrandezca vuestros cerebros con su barniz sabio, abra en vuestras almas llamaradas de razón, y limpie la pátina roedora de vuestra conciencia social; es muy común que os quejéis de necesidades, años malos, desgracias más o menos importantes..., pues es preciso que una ilustración y una ética sinceras iluminen todas vuestras facultades, todos vuestros anhelos, y sumerja en un abismo sin fondo toda la carroña animal de vuestros actos. Todas las faltas, todas las necesidades que notáis, todas sin excepción, las sufren los irracionales: *hambre*, también la sienten los lobos, que en sus eretismos punzantes bajan destructoramente a las llanuras como a cebo sabroso y deslumbrador; *frío*, *calor*, todos los animales tienen sus épocas en que las carnes son heridas por esos rigores extremos;

sentimentalismo por una desgracia familiar, se han visto casos en determinados animales en los que ponen de manifiesto su corazón y sus sensiblerías; *desgracias materiales por incendios, arrasamiento de cosechas, etc.*; ¿pensamos alguna vez en lo que sufrirán las laboriosas e infatigables hormigas cuando un niño travieso o una tempestad traicionera hunda sus viviendas o destruya sus graneros? Como véis, absolutamente iguales son hasta aquí vuestros anhelos, vuestras sensaciones, a la de los faunos; sólo hay una cualidad, un deseo, un estremecimiento, un goce que vosotros podéis saborear: la aplicación de eso que llaman alma a los diversos actos que realizáis, a las diferentes acciones y profesiones que ejerzáis; merced a este atributo de poder innegable podéis razonar y describir una cosa que no hayáis visto, un camino por donde no hayáis ido nunca; y no parece sino que rehusáis ese poder en cuanto que no mostráis interés en guardarlo y desarrollarlo; así como los brazos y las piernas necesitan y requieren movimiento para que no se entumescan y paralicen, así la razón y la inteligencia exigen que de ellas se haga un uso más importante que dedicarlas a contar los pasos que déis, los bueyes que veáis; y ese desarrollo se adquiere únicamente por medio de un estudio consciente y volitivo, encaminado a formar en cada uno un hombre y no una bestia, una persona y no un patán. ¿Me entendéis?

Y al hablar sabía por intuición súbita que arrojaba rebanadas de pan sobre peñas graníticas, pues me di cuenta, a aquella edad, de que los campesinos son enfermos moralmente incurables, a no ser que desde niños una poderosa presión espiritual los enderece y recomponga; me lo demostraron dándome la siguiente contestación:

—Bien te entendemos, Antonio, aunque tú creas lo contrario; pero no te hacemos caso, estamos ya desengañados de que eso que dices es una macana que os traéis de la ciudad los señoritos; se os suben los aires a la cabeza y no sabéis más que predicar esto y lo otro; casi nos reímos de vuestras ilusiones y vuestras cosas... Sí, sí; el estudio es muy bueno para vosotros, que hacéis una carrera y coméis de ella; pero no es eso lo que tu quieres decir; quieres que estudiemos y a la vez cumplir nuestras obligaciones cotidianas; ya, ya, como si un padre de familia tuviera tiempo que gastar en instruirse; después de todo, de los libros no comen sus hijos ni sus padres viejos; si todo eso que dices lo tenemos ya sabido, pero la experiencia nos dicta que no debemos practicarlo; claro, hombre, ¿tú qué sabes de experiencia? Nada más lo que te enseñan esos librotos; déjanos en paz, que eres un niño aún para estas cosas; has estado en muchos sitios y no has visto la vida por un agujero.

Todos asintieron; yo casi quedé avergonzado; pude con razones claras combatir la tosca dialéctica de mi contradictor, pero no quise; hice propósito de no volverme a ocupar para nada de todo lo concerniente a la vida rural.

Me encontré con Capilla a la vuelta para mi casa; yo iba pensativo, envuelto casi en indignación por mis fracasos propagandistas.

—¡Hola, Castro! ¿Qué tal tu nueva vida de predicador? Cada vez te comprendo menos; antes tus aficiones lectoras ávidas de saber, luego embotellamiento de programas, ahora ocupando tu imaginación una cuestión social.

—Mejor es que me dejes, Capilla; tengo ganas de estar solo para renegar un poco, en soliloquio furibundo y rebelde, de este mundo mísero e imbécil.

—No seas tonto y vámonos a dar un paseo; es temprano; tu padre me dijo que nos esperaba en las afueras.

En su busca nos encaminamos; la tarde cedía su lugar al véspero caluroso y polvoriento, calor y polvo que penetraba en la sangre haciéndola hervir; la cabeza

poníaseme pesada y zumbona, mi cerebro parecía conspirar contra su encierro, y grandes convulsiones lo agitaban como si en él se librara una lucha sangrienta.

Encontramos a mi padre abstraído en pensamientos quizá muy hondos, pues clavaba fija la mirada y sus pupilas parecían abrirse más que de ordinario. Ya era tarde y pronto se hizo de noche; así es que regresamos a casa, hablando poco y caminando instintivamente, nuestras miradas se perdían en lo alto del hermoso cielo hialino, y allí se recreaban con la multitud de estrellas fugaces, que ofrecían al pobre terrenal una especie de distracción cosmológica, a la que mis paisanos no dejaban de atribuir alguna superstición o alguna influencia en determinada conmoción vital.

Nos separamos de Capilla; yo le dije la hora en que al día siguiente podríamos vernos para tratar de nuestras cosas; era ya Agosto y se acercaba el momento de reanudar los interrumpidos trabajos que arrojaban sobre nosotros la edad y el sino, yo nunca diría la afición.

Íbamos mi padre y yo solos, cuando al doblar una esquina, como todas mal alumbrada, nos encontramos de frente con don Cándido, el párroco del pueblo, el cual, como nosotros, regresaba de su acostumbrado paseo. Era este señor bajo, rechoncho, sin dar a esta palabra una robustez muy excesiva, francote y buena persona, filón de incontables chistes y picarescas malagueñas; además, muy célebre en los alrededores por su constante buen humor y jocosidad inspirada; a pesar de esto, en el momento en que la más ligera alusión se dejaba caer sobre los preceptos de su sagrado ministerio, tornábase grave y dispuesto a demostrar teológicamente el más discutido misterio, o la ecuación que plantea la Trinidad con sus incógnitas y místicas soluciones.

Nos saludó muy afable, invitándonos a pasar con él otro ratito junto a la iglesia hasta la hora de cenar; aceptamos; yo me encontraba algo cohibido en su presencia; era la anquilosis que se apodera generalmente de los intelectos casi impúberes ante la palabra reposada, y los gestos litúrgicos, y el aliento místico de hombres barnizados de negrura y de misterio. No era don Cándido, sin embargo, ese tipo estatuario, rígido, severo y con unos gramos de altivez que causa pavor al descender las escalinatas o al contemplar, inmóvil e hiperbóreo, un fantástico cuadro serafino. No; en don Cándido se retrataba su pobreza de espíritu y su bonachonería inagotable; como buen cura rural, hacía honor al plato rebosante, a la prodigalidad de consejos ínfimos o a la aplicación de música insustancial en cosas sin importancia; en fin, se podía muy bien aplicarle las frases de Balzac a su personaje, el abate Birotteau: «...era todo expresión, todo franqueza, gustaba de las buenas tajadas y disfrutaba con cualquier fruslería con la sencillez de un hombre sin hiel y sin malicia...»

Hablamos, como personas desocupadas, del tiempo, de sus caprichos, de su importancia en la agricultura, de las noches tranquilas del verano, del enorme calor, de una horrorosa tempestad que hubo el anterior año, de los campesinos, de su irreligiosidad, de los *castigos de la Providencia*...

Yo oía su voz tranquila, me parecía grotesca su argumentación conventual y seminarista, su sintaxis clara, regular, de un purismo glacial y recalcitrante: mucha preceptiva y carencia de facilidad expresiva.

Con ese posibilismo medio, a veces simpático por su belleza, iba señalando ideas y apuntando comentarios; mucho se refirió a mi situación incipiente, mucho le dijo a mi padre y mucho me dijo a mí. Me aconsejó que leyera a los místicos, a los poetas y filósofos católicos: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Isidoro, Gonzalo de Berceo,

Santo Tomás, Balmes, y una caterva de extranjeros, de los que no conservo en la memoria más que al célebre y reverencioso Bossuet.

Yo, en aquella edad, guardaba una delineación confusa y arbitraria del sentir religioso, pero ya se iba formando en mí la convicción de que simbolizaba al fracaso, y que existía aún gracias a los hermosos fondos de su composición fantaseada, o al tradicionalismo brioso de un pasado esplendente.

Mi padre en este respecto no es que fuera un fanático, pero sí un buen creyente; gran amigo de los cepillos piadosos y de los diezmos clásicos; había leído la *Divina Comedia*, del siempre inmortal Dante Alighieri, y lo que fué pura fantasía del poeta se aparecía ante él con visos verosímiles, al pie de la letra tomaba la descripción de los círculos avernales, de los diferentes suplicios que en los mismos se llevaban a efecto, todo lo cual hacía que examinase sus acciones pretéritas para preconcebir el círculo que a él le correspondería... ¡El colmo!

Demasiado lo conocía don Cándido a pesar de su estrechez, y por eso dejaba correr su prosa a raudales sobre el valle esponjoso y fértil de la humanidad sonriente...

Notas

(1) ¿No véis la sombra de Amiel, el irresoluto? Por fortuna duró poco esa sugestión.

(2) Me refiero a las novelas de Sienkiewich, Chejov, Kuprin, Garin, etc., etc.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Sello_005